

Capítulo XXIII

El origen, la naturaleza y El destino del hombre

Dios creó al hombre como alma viviente, un agente moral libre, formado a la imagen de Dios, creado para Su gloria. Génesis 1:26–28; 2:7; Salmo 8:4–6; Isaías 43:7. No fue dotado de inmortalidad natural e incondicional. Solo obedeciendo a Dios y comiendo del árbol de la vida pudo perpetuar su existencia. Génesis 2:9, 16, 17. Debido a su desobediencia, perdió su acceso al árbol de la vida, estuvo destituido de la gloria de su Creador y fue separado de la fuente de la vida. El pecado trajo muerte a Adán y a todos sus descendientes. Génesis 3:19, 22–24; Eclesiastés 12:7; Isaías 59:2; Romanos 5:12, 17; Ezequiel 18:4; Romanos 6:23. Hecho a imagen de Dios

Dios de la soberanía del universo que degradan al hombre y lo defraudan de la dignidad de su origen. Él, que puso los mundos estelares en lo alto y tiñó con delicada habilidad las flores del campo, que llenó la tierra y los cielos con las maravillas de su poder, cuando vino a coronar su obra gloriosa, a colocar a uno en medio para que se erigiera como gobernante de la hermosa tierra, no dejó de crear un ser digno de la mano que le dio vida. La genealogía de nuestra raza, tal como fue dada por inspiración, remonta su origen, no a una línea de gérmenes, moluscos y cuadrúpedos en desarrollo, sino al gran Creador. Aunque formado del polvo, Adán era 'el hijo de Dios' (Lucas 3:38).”—Patriarcas y Profetas, pág. 45. Inmortalidad condicional

Dios creó al hombre a su imagen. Esto no es ningún misterio. No hay fundamento para suponer que el hombre evolucionó gradualmente desde las formas inferiores de vida animal o vegetal. Tal enseñanza rebaja la gran obra del Creador al nivel de las estrechas concepciones terrenales del hombre. Los hombres están tan empeñados en excluir

"La inmortalidad, prometida al hombre bajo condición de obediencia, se había perdido por la transgresión. Adán no podía transmitir a su posteridad lo que no poseía; y no habría habido esperanza para la raza caída si Dios, mediante el sacrificio de su Hijo, no hubiera...

Hijo, trajo la inmortalidad a su alcance. . . .

El único que prometió vida a Adán en su desobediencia fue el gran engañador. Y la declaración de la serpiente a Eva en el Edén —‘No moriréis’— fue el primer sermón jamás predicado sobre la inmortalidad del alma. Sin embargo, esta declaración, basada únicamente en la autoridad de Satanás, resuena desde los púlpitos de la cristiandad y es recibida por la mayoría de la humanidad con la misma facilidad con la que la recibieron nuestros primeros padres. —El Conflicto de los Siglos, pág. 533.

Adán, en su inocencia, había disfrutado de una comunión abierta con su Creador; pero el pecado trajo consigo la separación entre Dios y el hombre, y solo la expiación de Cristo pudo salvar el abismo y hacer posible la comunicación de la bendición o salvación del cielo a la tierra. El hombre seguía estando separado del acceso directo a su Creador, pero Dios se comunicaría con él por medio de Cristo y los ángeles. —Patriarcas y Profetas, pág. 67.

Los ojos de Adán y Eva se abrieron, pero ¿a qué? A ver su propia vergüenza y ruina, a darse cuenta de que las vestiduras de luz celestial que habían sido su protección ya no los rodeaban como salvaguardia. Vieron que la desnudez era el resultado de la transgresión. Al oír la voz de su

“Cuando se encontraron con el Creador en el jardín, se escondieron de él, porque anticiparon lo que antes no habían conocido: la condenación de Dios.”— The Signs of the Times, 29 de mayo de 1901.

Tras su transgresión, Adán se imaginó al principio que alcanzaba un estado superior de existencia. Pero pronto el pensamiento de su pecado lo llenó de terror. El aire, que hasta entonces había sido suave y de temperatura uniforme, pareció enfriar a la culpable pareja. El amor y la paz que los habían acompañado se habían desvanecido, y en su lugar sintieron una sensación de pecado, temor al futuro y desnudez. El manto de luz que los había envuelto desapareció, y para reemplazarlo se esforzaron por forjarse una cubierta; pues, desnudos, no podían encontrarse con la mirada de Dios ni de los santos ángeles. — Patriarcas y Profetas, pág. 57.

La inmortalidad solo se puede obtener a través de Cristo

Como consecuencia de la caída de Adán, los hombres y las mujeres se volvieron mortales, sujetos a la muerte; y su posteridad nació con propensiones inherentes a la desobediencia. Salmo 51:5; Romanos 3:10-18; Marcos 7:20-23; Jeremías 17:9. Los seres humanos pueden ser liberados del pecado, el carácter de Dios puede ser restaurado en ellos y pueden recuperar su posición original ante Dios.

del Séptimo Día

(Mateo 5:48), solo por medio de Cristo. Romanos 3:23–26; Hechos 4:12; Juan 8:36; 14:6; 2 Corintios 5:19; Tito 2:13, 14; 3:3–6.

Quienes acepten esta provisión, buscando la vida eterna, recibirán la inmortalidad en la segunda venida de Cristo, cuando los santos que duermen serán llamados de vuelta a la vida por la voz del Arcángel. Romanos 2:6, 7; 6:22, 23; 8:11; 1 Corintios 15:20-23, 51-54; 1 Tesalonicenses 4:13-17.

En el Edén, el hombre cayó de su alta bienaventuranza y quedó sujeto a la muerte. Se vio en el cielo que los seres humanos perecían, y la compasión de Dios se conmovió. A un costo infinito, ideó un medio de alivio. “De tal manera amó al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). No había esperanza para

el transgresor excepto a través de Cristo.”—Testimonios para la Iglesia, de tomo 8, págs. 25–26. El resultado de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal se manifiesta en la experiencia de cada hombre. Hay en su naturaleza una inclinación hacia el mal, una fuerza a la que, sin ayuda, no puede resistir. Para resistir esta fuerza, para alcanzar ese ideal que en lo más profundo de su alma acepta como el único digno, solo puede encontrar ayuda en un poder. Ese poder es Cristo. La cooperación con ese poder es responsabilidad del hombre.

“La mayor necesidad.”—Educación, pág.

29. Las enseñanzas de Cristo deben ser para nosotros como las hojas del árbol de la vida. Al comer y digerir el pan de vida, revelaremos un carácter simétrico. — Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 5, pág. 1135.

Los muertos están inconscientes

La primera muerte, a la que todos estamos sujetos, es un estado de total inercia y se representa como un sueño profundo.

Eclesiastés 9:5, 6; Salmos 6:5; 115:17; 146:4; Eclesiastés 3:20; Isaías 38:18, 19; Juan 11:11-14.

Los muertos están en la tumba

Al morir, una buena persona no va al cielo; y una mala no va al infierno (lago de fuego). Todos, buenos o malos, van a la tumba. Job 7:9, 10; 14:10-14; 17:13-16; Eclesiastés 9:10; Salmos 89:48; 104:29; Hechos 2:29, 34; Daniel 12:13; Hebreos 11:13; Apocalipsis 11:18.

La vida después de la muerte sólo a través de la resurrección

Los justos muertos resucitarán. Job 14:14, 15; 19:25–27; Oseas 13:14; Hebreos 11:39, 40; Juan 11:38, 39, 43; 1 Corintios 15:51; 2 Timoteo 4:7, 8; Juan 11:25. En la segunda venida de Cristo, serán llevados al cielo. 1 Tesalonicenses 4:13–17; Juan 14:1–3.

Los muertos impíos no están en un lugar de tormento. 2 Pedro 2:9; Juan 5:28, 29. Resucitarán al final del milenio. Apocalipsis 20:5, 6.

Cristo representa la muerte como un sueño para sus hijos creyentes. Su vida está escondida con Cristo en Dios, y hasta que suene la última trompeta, los que mueren dormirán en él. —El Deseado de todas las gentes, pág. 527.

Cristo se hizo una sola carne con nosotros para que nosotros fuéramos un solo espíritu con él. Es en virtud de esta unión que resucitaremos de la tumba, no solo como una manifestación del poder de Cristo, sino porque, mediante la fe, su vida se ha hecho nuestra. Quienes ven a Cristo en su verdadero carácter y lo reciben en su corazón, tienen vida eterna. Es por medio del Espíritu que Cristo mora en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido en el corazón por la fe, es el comienzo de la vida eterna. —Ibíd., pág. 388.

Nuestra identidad personal se preserva en la resurrección, aunque no son las mismas partículas de materia o sustancia material que fueron al sepulcro. Las obras maravillosas de Dios son un misterio para el hombre. El espíritu, el carácter del hombre, regresa a Dios para ser preservado allí. En la resurrección, cada hombre tendrá su propio carácter. Dios, a su debido tiempo, llamará a los muertos.

El origen, la naturaleza y el destino del hombre dando de nuevo el aliento de vida y llamando a los huesos secos a vivir. La misma forma surgirá, pero estará libre de enfermedad y todo defecto. Vivirá de nuevo con la misma individualidad de rasgos, de modo que ese amigo reconocerá a su amigo. No hay ninguna ley de Dios en la naturaleza que muestre que Dios devuelve las mismas partículas idénticas de materia que componían el cuerpo antes de la muerte. Dios dará a los justos muertos un cuerpo que le agradará. Pablo ilustra este tema con el grano de grano sembrado en el campo. El grano plantado se descompone, pero surge un grano nuevo. La sustancia natural en el grano que se descompone nunca vuelve a levantarse como antes, sino que Dios le da un cuerpo como le ha agradado. Un material mucho más fino compondrá el cuerpo humano, porque es una nueva creación, un nuevo nacimiento. —The SDA Bible Commentary [E. G. White Comments], vol. 6, p. 1093.

El destino de los malvados

Después de que los malvados son juzgados (Apocalipsis 20:4), sufren la segunda muerte (destrucción, exterminio, extinción o aniquilación) que les será impuesta al final del milenio, los 1.000 años de Apocalipsis 20. Apocalipsis 20:9, 15, 14; Malaquías 4:1, 3; Salmo 37:9, 10, 20, 38; Abdías 15, 16.